

# Conferencias del doctor Uhle

## 1.<sup>a</sup> CONFERENCIA

*Arqueología: su concepto, origen y desarrollo; diferencias y relaciones con otras ciencias — El método arqueológico y su fundamento. — Pruebas arqueológicas: sus clases. — Conclusiones arqueológicas. — Cronología arqueológica. — Ejemplificaciones relativas al Ecuador.*

(Versión taquigráfica de la conferencia dada el 9 de Mayo de 1923).



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La Arqueología, de cuyos fines y resultados me propongo tratar en el presente curso de conferencias, se puede definir como el estudio de las civilizaciones perdidas, desde las primeras formas del género humano que abrieron el camino a la marcha de las civilizaciones presentes.

Es la última de las ciencias que aumentaron el círculo de los importantes ramos de estudios creados, en gran parte, ya mucho antes de nuestro tiempo. Fue la última que ascendió, quizá por la misma circunstancia, de que se ocupa más directamente con el hombre, más le toca, que todas las anteriores. Estas, nacidas en parte ya en tiempo antiguo, como la Física, la Matemática, la Astronomía, Psicología, la Medicina, o tratan el mundo que nos rodea, o cuando se refieren al hombre, le toman sólo por una de sus partes. Pero la Arqueología, inves-

tiga todos los productos de nuestra especie, muestra lo que el hombre hizo en todos los siglos antes de nuestro tiempo, explica su estado mental, sus pensamientos, sus gustos, sus modos de sentir, y revelando el camino que ha andado el género humano desde sus principios, da cuenta del origen mismo de nuestra existencia.

Más que la Historia, que considera la evolución política de los Estados, o los progresos de cultura intelectual de las naciones; más q' la Antropología, que aún en el sentido más amplio de esta palabra, describe sólo en forma sistemática la estatura del hombre y las formas de su reacción contra la naturaleza, ella nos hace conocer, en orden cronológico, los detalles de la lucha que llevaron a nuestras especies desde principios originalmente insignificantes a la altura de las civilizaciones presentes.

El material para el desarrollo de esta historia, lo encuentra el arqueólogo, en su mayor parte, en la tierra. Los documentos literarios y la invención de la escritura alcanzan, hacia atrás, sólo unos pocos miles de años. La escritura, poco desarrollada, que encontraron los españoles en las regiones del continente americano, ayuda a la obra del arqueólogo sólo en mínima parte. Los documentos escritos del Egipto y de Babilonia, aun cuando facilitan su trabajo en diferentes direcciones, no explican la forma, la historia, y el origen de las civilizaciones, como debería desearlo. Cientos de siglos anteriores más, ascendientes hasta el tiempo de la primera aparición del hombre, sin ninguna clase de documentos escritos que los explican, quedarían de esta manera en completa oscuridad para nosotros, si no hubiésemos aprendido a leer, con la misma exactitud que en libros escritos con alfabetos, en los restos reales dejados por el hombre pasado en la tierra, todos los acontecimientos principales que pueden interesarnos todavía a esta distancia. La lectura de estos documentos forma el trabajo del arqueólogo.

Ejercida la Arqueología en esta forma, promete inmensa utilidad a las generaciones que viven. Les da una educación más liberal, que cualquier otro ramo de estudio. Enseñando los modos del ascenso del hom-

bre a la posición presente en el movimiento del mundo, tiene la Arqueología el carácter de uno de los estudios más vastos, más dispuestos para abrir nuestras ideas, y para procurar aquella amplitud de intereses y de tolerancia general, que forman el resultado más sublime de toda clase de cultura.

Conociendo el camino recorrido por el hombre hasta nuestro tiempo y las etapas de su perfección alcanzadas en miles de años, mejor hemos, también, de entender las normas que rigen nuestro propio progreso a una perfección que nos ha de traer el futuro.

Es un deber, además, para cualquier pueblo, conocer la historia de su propio suelo. Porque sólo conociéndola se siente verdaderamente como su dueño. Otros, que no conocen la del suyo, llevan en él una vida parecida a la de plantas acuáticas que, sin raíces, nadan en la superficie de un lago, y cualquier tempestad puede destruir o llevarlas a otra parte, por falta del ancla que las mantiene.

Un país que cultiva tanto la Historia como el Ecuador prepara con eso, continuamente, tal ancla que le ha de mantener en las tempestades que pueden sobrevenir a cada país y en cualquier momento.

Toda la amplitud de la noción de la Arqueología y su carácter en los detalles se conocen mejor por su propia historia, como todo en el mundo se comprende mejor, únicamente, por la manera como fue formado.

La Arqueología como ciencia, tiene su nombre de la palabra griega «arché», principio, de la que se han formado, también, las otras palabras griegas «archaiein», principiar, y «archaios», primitivo, también, con el sentido derivado de antiguo.

Fue Winckelmann, el fundador de la Arqueología clásica, quien, cerca de los años de 50 del siglo XVIII creó primero el término de «Arqueología», para designar con él el estudio del antiguo arte griego y romano. En sentido clásico significa Arqueología, por eso, hoy día, el estudio de las antigüedades griegas y romanas, como el sistema de leyes, organización y administración del Estado, costumbres y ritos, fundado, principalmente, en las indicaciones que sobre estos temas ofrecen las obras de

escritores griegos y romanos. Forma en ella un ramo el estudio de los monumentos y de los artefactos artísticos, al que ayudan, en este propósito, las excavaciones de restos de diferente clase, como edificios, o ciudades enterradas, por ejemplo Pompeya.

El fin de estos estudios es, exclusivamente, el de poner siempre en mayor claridad ante nuestros ojos el carácter de la civilización y la hermosura del arte antiguo, pero, generalmente, sin la preocupación de explicar el origen de la civilización misma. Por este motivo causaron tanta sorpresa las excavaciones de Schliemann en Troya y Mykene, como demostrativas de que la misma civilización se podía explicar por el desarrollo de otras.

Hay, además, ahora, una «Arqueología Cristiana», con el programa de descubrir las fuentes de tipo de arte que hoy rige el culto. Su programa es, estrechamente, limitado, como el de la ciencia anterior, y poco, por eso, se pueden comparar ambas con los fines amplios de la «Arqueología Prehistórica» como, también, se denomina, y la que estudia toda clase de civilizaciones perdidas por el único interés en la historia completa del hombre.

La diferencia de los fines de la última ciencia de los de las anteriores, resalta, más clara, por su modo de nacer y la diferencia de tiempo que fue necesario para darle la vida.

Los tipos de la Arqueología moderna maduran, más o menos, unos cien años después del origen de la arqueología del arte griego. Fueron todos ellos productos del desarrollo de la ciencia moderna que fertilizó, como es conocido, las clases más diferentes de estudio, casi simultáneamente.

Apareció cerca del fin del siglo XVIII, primero el nuevo nombre de la Etnografía, pero sólo para significar una clase de estudios o intereses anexos a la Geografía. Desde los últimos años del siglo pasado le acompaña en sentido más o menos igual; el otro de la Antropología conexiónado después con el de la «Urgeschichte» o historia primitiva, que al principio sólo trata, modestamente, cuestiones de la historia más antigua del hombre europeo. Pero en 1828 se descubrieron ya los primeros vestigios

de un hombre fósil, y un primer tratado sobre «el origen de la sociedad primitiva», escrito en 1829, se publicó, en Francia, pocos años más tarde.

El interés en una concepción empírica general del mundo se había manifestado mientras tanto, también, en los otros ramos históricos cada día más y más.

En el año 1804 regresó Alejandro von Humboldt de sus viajes americanos, influenciando en el desarrollo de la ciencia, en este sentido, de las más diferentes maneras. El alemán Grotofond había descifrado ya, antes, en 1802, la primera inscripción cuneiforme. Le siguió, en 1822, el francés Champollion con la lectura de la inscripción de la famosa «piedra de Rosette» en el Egipto. La curiosidad de conocer las antiguas civilizaciones de Babilonia y de Egipto entonces se había, también, despertado.

Temprano principió la serie de viajes grandes científicos, después de Humboldt, a regiones americanas. Los del Príncipe Maximiliano von Wied y de von Spix y von Martius entre los años 1815 y 20 al Brasil fueron de los primeros. Lord Kingsborough publicó, en 1831, su costosa obra de reproducciones del arte mexicano. Alcide d'Orbigny estuvo en 1843 en las ruinas de Tiahuanaco en Bolivia, apuntando allá notas que se publicaron después en su gran obra de viaje sudamericano.

En 1841 produjo la obra de John L. Stephene, titulada «Incidents of Central América, travel in Chiapas and Yucatan» la conocida revolución en las ideas sobre la importancia de los antiguos monumentos mexicanos. J. D. de Tschudi publicó, en 1851, en Viena, su obra sobre las Antigüedades Peruanas. Al mismo tiempo iniciaron Lewis Morgan, Squier, Davis y Schoeleraft estudios sobre las antigüedades de los Estados Unidos.

Desjardins publicó en 1858, valiosas noticias relativas a antiguas ruinas peruanas, y ya antes había salido también la gran obra de viaje de Castelnau con muchas figuras de ruinas y de artefactos peruanos.

G. E. Squier comenzó en 1866 su exploración de los monumentos del mismo país, con resultados que, publicados unos 11 años más tarde, casi hasta el día dan la impresión de un estudio completamente moderno.

Por las excavaciones de Wilhelm Reiss y Alfons Stübel en la necrópolis de Ancón salieron, después, por la primera vez a la luz del día civilizaciones peruanas enteras, asegurando el interés en los antiguos tipos de cultura, que ya no podía decaer de ninguna manera.

Mucho antes habían principiado ya las excavaciones sistemáticas en las regiones del Euphrate y Tigris, y en Egipto. Botta, y después Layard, emprendieron grandes excavaciones en Babylonia y Assiria ya en 1842.

Mientras tanto, también el estudio del hombre prehistórico de Europa se había desarrollado de una manera sorprendente. En 1836 publicó Thonson, en Dinamarca, su clasificación de la historia primitiva por las edades de la piedra, del bronce y del hierro. Siguieron los suecos y suizos con su cronología relativa. Tomaron otro camino del estudio los franceses, saliendo de la Geología, para descender a la Historia, y la llamada Paleotnología formó el lazo que unió a éstas ya estrechamente.

Fue Beucher de Perthes, el famoso anticuario de Abbeville, quien en el valle de Somme, cerca de Amiéns, en 1836, descubrió las primeras pruebas de la existencia del hombre durante el período del diluvio, o cuaternario, de la tierra. Burlado primero por los geólogos de París, pero consiguiendo al fin, en 1853, por la ayuda del admirado geólogo inglés, Carlos Lyell, el completo reconocimiento de sus extraordinarias observaciones.

Por la desecación del lago de Zuerich en 1853 apareció, por la primera vez, expuesta toda la civilización de un pueblo primitivo en el fondo del lago, y las excavaciones en la proximidad de las salinas de Hallstadt, en Austria, principiadas ya en 1846, descubrieron el tipo entero de una civilización de la edad del bronce y del hierro.

Enormemente fertilizaron las teorías de Darwin sobre el desarrollo de las especies, y la transformación de los tipos, en los años 60, el interés en la evolución del género humano de formas más primitivas a las históricas de nuestros tiempos.

Entonces, en 1866, un Congreso paleotnológico reunido en Neufchatel dió su forma a la nueva ciencia,

que en un nuevo Congreso, reunido en el año subsiguiente, en París, se presentó ya con el nombre, ahora definitivo, de «Arqueología Prehistórica».

También Museos se levantaron entonces en todas partes, siguiendo al llamamiento del holandés von Siebold, quien ya en 1843 había recomendado la instalación de «colecciones de Arqueología y Etnología»

Lo malo era sólo que, en aquel tiempo, la Etnología se consideraba todavía como la ciencia principal, y la Arqueología como su auxiliar, con el fin de ilustrar el carácter de civilizaciones perdidas por medio de productos de arte.

De esta manera tampoco las excavaciones en la Babilonia y en Egipto persiguieron, al principio, otro fin que el de resucitar a nueva vida aquellas civilizaciones. Mas era, por eso, todavía la curiosidad que el interés en el estudio, lo que en aquel tiempo dictaba el carácter de las expediciones.

Igualmente sirvieron las primeras colecciones arqueológicas americanas, depositadas en los Museos de Etnología, sólo al fin de dar una idea de la grandeza de aquellas civilizaciones y todavía de ninguna manera a su estudio. Por eso entraron en los Museos principalmente colecciones reunidas con la ayuda de *huaqueros*, de tipo mixto, sin indicación de la procedencia de los objetos, y con eliminación de todos los tipos de carácter menos vistoso. Diferencias de civilizaciones, en estas colecciones, no se marcaban, y por eso significaban más una ruina de los cementerios, de donde se habían sacado que una contribución al conocimiento de aquellas civilizaciones.

Nadie pensaba en aquellos tiempos aun sólo en la posibilidad de la reconstrucción del tipo de las civilizaciones, y menos todavía en su aprovechamiento para la reconstrucción de la historia.

Un sabio de tanto mérito como Adolfo Bastian, quien viajó por los principales países americanos de antigua cultura, y llevó un extenso material nuevo para la representación de las antiguas civilizaciones del Museo de Berlín, resume con tristeza el resultado científico de sus observaciones de viaje en estas significativas palabras:

que, en el Continente, por donde uno mira se presentan los vestigios de las grandes civilizaciones pasadas, pero que por la falta de escritura será imposible, para todo el tiempo venidero, la reconstrucción de su historia de los pequeños migajas que han quedado.

Mientras tanto ya se habían organizado, en forma de ciencias independientes, los estudios de las antigüedades babilonias, asirias y las de Egipto, por la importancia del material encontrado y la variedad del detalle ofrecidos por las civilizaciones. Poco a poco desarrollaron un método apropiado, en el cual los documentos escritos, de tipo cuneiforme y los jeroglíficos, se probaron muy útiles.

También, para los estudios americanistas parece en este tiempo llegada la hora para su emancipación de la Etnología. Ya durante un medio siglo se reúnen sus representantes cada dos años en Congresos especiales. Su material ha crecido enormemente y crece día por día. Antes un anexo de la Etnología, para el fin de la representación de tipos pasados, está desarrollando ya su propio método. Este dió, luego, resultados que nunca habrían sido posibles bajo el antiguo régimen de la Etnología con métodos diametralmente opuestos a los que se imponen a los estudios americanistas por las necesidades de su materia misma.

El presente método de los estudios americanistas está derivado del conocido de la Prehistoria Europea, con documentación de civilizaciones antiguas sólo por artefactos, sin ayuda alguna de la escritura

El uso de este método se generaliza más y más entre los americanistas del Continente. Aun en México, donde por más tiempo, que en otras partes, se adhirió al método Etnológico y filológico de otros tiempos, por los excelentes resultados, que estos así dieron el material siempre rico mexicano, se ha preparado, ahora, un cambio, especialmente desde que Boas en 1908 estudió la estratificación de las civilizaciones en el suelo de Atzacapalco.

La Arquelogía moderna se presenta ahora ramificada en diferentes tipos especiales, Arquelogía Prehistórica, Asiriología, Egiptología, Estudios Americanistas,

y cada día pueden aparecer nuevos ramos por su mayor desarrollo de los estudios comprendidos, por ejemplo, en la India, la China y en otras partes. Ciudades enterradas se han estudiado, también, en los años pasados en Turkestan con muchos documentos en la lengua uigura.

He dicho al principio, que la Arquelogía es la ciencia del desarrollo del género humano desde sus insignificantes principios hasta su entrada en el camino ancho moderno. La presente separación de diferentes ramos como ciencias independientes, una de otra, parece contradecir a esta definición que podría, por eso parecer precipitada. Sin embargo, el desarrollo de la ciencia en esta dirección es una necesidad absoluta.

La Prehistoria general, que principia con los orígenes del género humano, tiene como objeto el seguir el desarrollo por los períodos sucesivos, de una edad primaria del uso de los instrumentos de piedra, otra del uso de instrumentos de bronce, y otra, más, de instrumentos de hierro. En Europa están estudiandas aquellas edades posteriores, del bronce y de los instrumentos de hierro. Por otro lado, encuentran la Egiptología y la Asiriología en su estudio de tumbas, un progreso del uso de instrumentos de piedra a otras de bronce y, finalmente, a los de hierro. Una vez tendrán que encontrarse, por eso, en sus estudios en medio camino la Arquelogía Prehistórica, la Egiptología, y la Asiriología, la una siguiendo el desarrollo para abajo, las otras para arriba, dándonos de esta manera una historia completa del desarrollo de la humanidad hasta su ensanche en las civilizaciones de mediana cultura.

No es muy diferente la condición de la Arquelogía Americana. Instrumentos primitivos de piedra del hombre ya se han encontrado en casi todas las partes del globo, en Africa del Norte y Sur, India, Siberia, China, con las mismas formas como las de Europa.

La primera edad del hombre en América, también de los instrumentos de piedra, muestra las mismas formas, que en el mundo antiguo. En América, como en Asia, Africa y Europa, se elevaron las primeras civilizaciones progresistas sobre la base del uso de instrumentos primitivos de piedra. Ejemplos de tales instru-

mentos, del tipo más antiguo conocido, se han encontrado en Yucatán, sede, después y país de origen, de la más alta civilización americana. Comprobándose, entonces la teoría del origen del hombre americano en el otro mundo, vendrá, también, para la historia americana una vez el día de su conexión directa, con el desarrollo de las civilizaciones el mundo antiguo.

Así está la Arqueología, unida ya en estos días, en medio de otras ciencias vecinas, como la Geografía, Etnología y Antropología por un lado y la Geología y Paleontología, con las que la unen relaciones de familiaridad antigua, por otro.

La Geología y la Paleontología ayudan continuamente a nuestra ciencia, determinando la edad de estratificaciones, que contienen restos preciosos del hombre; o sólo por la sucesión de las capas geológicas, o por la edad de animales o plantas fósiles que éstas, igualmente, incluyen. Ya hemos visto que en Francia la ciencia del hombre más antiguo, tomó por punto de salida la Geología.

Con la Geografía tiene nuestra ciencia del hombre, cuyo domicilio ha sido siempre la tierra, naturalmente, numerosas relaciones. Valen para ella también las leyes geográficas que determinan el sitio de las poblaciones, la dependencia de las formas de vivir de condiciones de la tierra, las direcciones naturales de comercio y las migraciones.

Con la Antropología, en el sentido más estricto de la palabra, como ciencia de los caracteres constitutivos de la figura del hombre, conserva, naturalmente, también, numerosas relaciones. Hay que acordarse solamente de la variación de los caracteres físicos en las tribus más primitivas, como por ejemplo en los aborígenes de Arica, grueso del craneo, proporción y curvatura de los huesos de las extremidades, anchura del maxilar y forma de los dientes que probaron cierta inferioridad, y, también, mayor antigüedad de esta raza que en otras estudiadas arqueológicamente. Las proporciones de la cabeza en razas enteras, si una tribu pertenece a una raza dolicocefálica de cabezas largas, o a otra braquicefala de cabezas cortas, tiene íntima relación con los pro-

blemas de la Arqueología, sobre el origen y la descendencia de las tribus, y con los de posibles migraciones. Las diferentes deformaciones artificiales de la cabeza en los recién natos son un problema Etnológico y Arqueológico en todo sentido, teniendo, por otro lado, mucho que hacer con la Antropología.

A la Antropología ha hecho, la Arqueología, además, un servicio muy grande dándole la ocasión de corregir sus métodos antiguos en la busca de caracteres distintivos de las razas humanas. Ya parecía élla completamente perdida en gastar inútilmente su tiempo en tomar medidas inapropiadas del craneo, determinar su capacidad y el volumen de los cerebros. Su trabajo anterior podía parecer, por mucho tiempo, de un resultado nulo. Pero el descubrimiento, por la Arqueología, de los representantes del Homo primigenius con sus caracteres muy diferentes del hombre reciente, ha demostrado, a la Antropología, cuales son los caracteres esenciales en la distinción de las razas humanas, y desde este tiempo élla ha desarrollado nuevas normas de procedimiento, que ya principian a dar excelentes resultados.

Con la Etnología de las tribus primitivas aun existentes la Arqueología está, también, en continuas y muy vivas relaciones. Determina para el uso de la Etnología el escalón alcanzado en el orden general de las civilizaciones, de cada una de las tribus aun existentes. Determina el origen de numerosos tipos y formas, como el de las hachas de piedra, formas y ornamentos de productos de alfarería, que aun se usan entre las tribus presentes y aun la descendencia de pueblos y razas enteras que en diferentes partes pueblan la tierra.

Por otro lado, recibe beneficios de la Etnología, que tiene la ventaja de conocer mejor las formas de vivir de las tribus presentes. Con estas se pueden suplementar nuestros conocimientos sobre las formas de vivir del hombre prehistórico, cuyos restos, sólo más incompletos, se encuentran en la tierra. Como por ejemplo sólo por las tribus enanas que en el interior de Africa han conservado las formas de vivir más primitivas, sabemos que el hombre en este grado de desarrollo, también, en la antigüedad ha tenido ya sus ideas religiosas.

Un arqueólogo nunca hará bien en descuidarse de tomar en cuenta, siempre, las formas de la vida presente para la explicación de las pasadas.

Me acuerdo de un caso característico en este sentido.

Figuritas de llamas de piedra o madera, cada una con un agujero, provenientes de tumbas incaicas, se encuentran por cientos en nuestros museos. Su fin, desconocido, ha sido objeto de discusiones científicas, por decenas de años, sin que alguna solución satisfactoria se hubiera alcanzado, al respecto. Una vez, pasando por la plaza de Sicuani, un pueblito situado entre Cuzco y y Puno, noté figuritas parecidas, en moderna ejecución, ofrecidas en venta. Por una fácil pregunta pude informarme que los sustitutos modernos servían, todavía, para ser enterrados con una ofrenda depositada en el agujero del lomo, como pago a la diosa Pachamama, por el pasto comido por los llamas durante un año. La figura de piedra reemplazaba, en este caso, el sacrificio del llama vivo.

Continuamente, también, se acuerda el arqueólogo en las cosas de comida y de bebida que aun se usan en las ceremonias vigentes en las fiestas religiosas, e innumerables otros detalles de la cultura de los indios que viven del tipo de cultura enseñado por las excavaciones.

Al fin tiene la Arqueología, numerosas relaciones tanto con la Historia General, como con la Historia del Arte y con el arte ejercido por nuestras civilizaciones. El uso del arte principió muy temprano en el desarrollo del género humano. Por eso, se dedican también, en toda obra sobre la Historia del ramo, capítulos enteros a la descripción de los monumentos prehistóricos de Europa, a la de los antiguos templos mexicanos, a la maravillosa arquitectura de los Mayas en Yucatán, y al arte monolítico de la civilización boliviana de Tiahuanaco. Es reconocido en el mundo que el tipo de la albañilería de los Incas, por su clase, nunca ha sido alcanzada o superada en otra parte del globo.

Dibujos de los antiguos tejidos peruanos, copiados a veces, aun industrialmente, han sido causa, en muchos casos, de las obras más hermosas de arte.

El éxito de una ciencia depende completamente del método que sigue.

Difícilmente se puede hablar de la existencia de una ciencia antes del desarrollo de ciertas reglas prácticas que normalizan su uso. También la *posibilidad de enseñarla* depende, completamente, de la organización de sus métodos. Así la Geología no era mas que un caos antes de la generalización del sistema de capas sucesivas, y sólo el método de determinar la edad de un estrato por los fósiles que incluye, echó los fundamentos de su función ordenada. De la misma manera, la Astronomía andaba errando, hasta que, con las leyes descubiertas por Newton, se hicieron posibles métodos de la determinación del curso de astros. Así mismo, carecía de un método la Química, antes de ser practicada con el uso de la balanza y con la posibilidad de combinaciones sistemáticas de los átomos, por el descubrimiento de las leyes respectivas.

Igualmente procede la Arqueología en sus operaciones, según ciertas reglas, en su mayor parte prácticamente fijas. Dependerá del desarrollo de la ciencia, si éstas, en todos o en algunos respectos pueden aumentarse.

Un buen método se deriva de la observación de las propias leyes que rigen la materia estudiada.

La Arqueología se propone un doble fin, uno de carácter descriptivo y otro, histórico. Su objeto, en los dos casos es el hombre que pertenece a las formas de vida.

Así mismo todos los productos de arte que existen, tienen un interés por sí mismo, como creaciones del hombre, realizaciones de ideas que quizá solo una vez se han producido. Tienen, por eso, el mismo valor que las personalidades. Hay que sentir, por eso, indefinidamente, para la historia del hombre y para el conocimiento de la amplitud de su carácter y de sus pensamientos, la pérdida en la historia de cualquier

idea que por él, en alguna ocasión, ha sido producida o pensada, sin quedar memorada para todo tiempo.

Este es el valor en la descripción de los productos que descubre la Arqueología, que siempre se ha conocido, y que antes tanto ha prevalecido, especialmente, también, en los estudios americanistas.

Pero este interés y este valor de los objetos es en todos los trabajos de la arqueología imperdible, porque cada estudio de ruinas existentes o de excavaciones comienza, necesariamente, con el registro y fijación de los tipos encontrados.

Por otro lado, es esta actividad para la Arqueología cierta manera sólo preliminar en la acumulación de los materiales, de los que se derivan las conclusiones sobre el origen, el tiempo, y la conexión de las civilizaciones.

Cuando presenté el informe sobre mis primeros estudios hechos en Pachacamac, autoridades de la Universidad americana se quejaron de que había traspasado los límites de mi tarea, el describir solamente el carácter objetivo de los hallazgos y no dejar las conclusiones a ellas mismas. Tan estrecha era en aquel tiempo, todavía, la concepción de la Arqueología.

Había, a veces, otros que al manifestarles la necesidad de que el arqueólogo debía saber lo que buscaba dijeron, que esto era una tontería, porque tal empeño falsificaba los resultados.

Hoy todos los representantes, de importancia, de la ciencia piensan, a este respecto, de otra manera. Hoy está, generalmente reconocido que el arqueólogo en sus operaciones debe de saber, desde el principio, a que meta va, y esta, al fin, puede ser sólo una de carácter histórico. El conocido egiptólogo Flinders Petrie expresa el postulado en esta forma: Un dicho antiguo dice, que un hombre, en cualquier asunto encuentra sólo lo que está buscando y esto es la verdad; o si uno carece de la inteligencia necesaria, para asegurar que realmente halla lo que busca, la triste verdad es que no encuentra nada de lo que él no está buscando.

Numerosos detalles de importancia para las conclusiones finales pueden observarse, por el arqueólogo, sólo en el momento de la operación misma, per iéndose ya

en el proceso de su desarrollo. Un arqueólogo que quisiese, sólo con los objetos en su bolsillo, principiar su estudio en la oficina, habría dejado la mayor parte de lo que debía observarse en el campo de las operaciones, quedando allá perdido para todo el tiempo. Por esta razón, ya en el principio de su operación, el arqueólogo debe tener un perfecto conocimiento del método que le ayuda

Todas las formas de vida, como también las anorgánicas, están sujetas a las leyes de la evolución, cuya determinación como factor más importante en el movimiento de las cosas de este mundo forma el resultado más sobresaliente entre los descubrimientos científicos del siglo pasado

Estas leyes dicen, que todas las formas derivadas unas de otras en un orden de evolución constante, aparecieron sucesivamente en el tiempo, y se extienden en el espacio transformando y perfeccionándose continuamente, para adaptarse más y más a sus ambientes. En este caso son los productos de la naturaleza que actúa mediante causas en cada momento casuales, pero dirigidas por leyes fijas. Este sistema de comprender el movimiento de las cosas es el único conforme con el método inductivo de la ciencia moderna.

De otra manera, cada forma de vida representa un tipo aparentemente estable y que, para nuestra observación, solo paulatinamente se transforma, aunque las fuerzas de su transformación son siempre activas. La apariencia de la estabilidad es el efecto de la limitada capacidad humana de observaciones. La transformación continúa es la eterna ley del mundo.

Podemos hablar, por eso, de tipos, pero los tipos no son duraderos. Lo que vale para las formas vivas, tiene exactamente el mismo valor para los productos de arte o ideas, efectos de aquellas formas que viven, entonces para todos los elementos o tipos exteriores de cultura.

Estas conclusiones derivadas de las leyes fundamentales de todas las ciencias inductivas, forman el fundamento del método que organiza la Arqueología en sus operaciones para alcanzar resultados inalterables,

dignos de ser reconocidos como adelantos en nuestro saber sobre el origen y desarrollo del género humano.

Un tipo de cultura forma de cierta manera una personalidad, compuesta de varios elementos homogéneos uno con otro. El tipo trata de conservarse, pero no puede, porque la ley de transformación, bajo influencias de las más diferentes clases, internas, y externas, o acesorias de afuera, es siempre activa. Existe en el tipo mismo cierta inercia o resistencia contra su cambio, pero influencias, interna o externas, siempre le mueven.

Variaciones pequeñas involuntarias, condensados sus efectos, producen continuamente cambios en el tipo. El desarrollo es lento y tranquilo. «La naturaleza no hace saltos», se dice, con justa razón. Un tipo, además, está siempre conexionado con otro anterior, por lazos de desarrollo de uno de otro. No hay por eso, creaciones de nada y en todo nuevas. Cada forma, cada tipo, cada ornamento, tiene su predecesor, formalmente parecido. Nadie inventa un dibujo, sin recordarse, aun inconscientemente, de otros previamente a él conocidos. De la misma manera, la forma de nuestros cuchillos no se debe a la imaginación libre de un primer inventor, sino a preexistencia de la forma de hojas, separadas de un núcleo de piedra, que servían de cuchillos al hombre primitivo, y la misma forma de los instrumentos representa, por eso, sólo la reproducción, en otro material, de la forma original de los cuchillos del hombre primitivo. El hacha de cobre o hierro de ahora, reproduce la forma de las hachas originales de piedra. Los conocidos cuchillos de cobre o bronce de los Incas, repiten en su forma de T. la de abscisas, en forma del sector, de una piedra redonda, que a tribus primitivas de la región servía, originalmente, de cuchillo, y el cambio formal se reduce, por eso, a su ampliación con un mango que le dió la apariencia de T.

La inercia formal de los tipos unida a transformaciones lentas para quedar acomodado siempre al ambiente, y reacción continua de los tipos uno sobre otro, con la imposición de las particularidades del uno al otro, son, por eso, la ley fundamental en el movimiento de los tipos etnológicos y arqueológicos, y, por consiguiente, su-

ficientes para basar en ellas el método de reconocer el tipo de civilizaciones, los cambios que van sufriendo, y las causas de estos cambios, sean internas o en determinada forma aportadas de afuera.

En la misma forma Spengler ha tratado de explicar el nacimiento del tipo de la cultura española. En el suelo de España se cruzaron, continuamente, varios tipos de cultura, estorbando o ayudándose mutuamente. Cada tipo de una civilización le parece poseer el carácter de una personalidad, con inclinaciones, ideas y calidades especiales. Encontrándose con otra diferente, ha de acomodarse, aunque sea luchando con esta, o se pierde, si no le es posible ganar el combate. En su vejez las civilizaciones se pasman, brotando debajo de la superficie formas nuevas por un proceso que llama de pseudomorfosis. Considera la civilización de cierta manera como un paradigma del acontecimiento de tales pseudomorfosis, componiéndose todo su carácter de formas producidas por la lucha de diferentes tipos de cultura.

Es claro que los modos de aplicación del principio metódico general, conforme al adelanto de la ciencia y al crecimiento natural de sus resultados, pueden refinarsse de diferente manera. Pero, en el fondo, un cambio del método no es posible.

Los resultados que se han conseguido, con la aplicación del método, son en número e importancia ya enormes. Porque la igualdad del estilo indica igualdad de tiempo e igualdad de cultura. Se han determinado en esta forma numerosos tipos de cultura antes desconocidos tanto con respecto, a su amplitud, como con respecto a la extensión geográfica.

Además, se pudo determinar, de la misma manera, casi en todo caso, su posición relativa en el tiempo, la clase de su origen, su relación a tipos de cultura siguientes y se han formado innumerables series de tipos de cultura sucesivos que ahora dan la base de nuestro conocimiento, sobre el origen, primer desarrollo, y con ayuda de otras ciencias de su tiempo.

Produciéndose las transformaciones de un tipo de cultura en otro en su mayor parte por la influencia de

otras vecinas, hemos aprendido, de esta manera, también, las múltiples formas del entrelazamiento de un tipo con otro, y así se ha formado una verdadera historia de los tipos de cultura en las diferentes partes del mundo que cada día se extiende más y más por nuevos e inacabables descubrimientos.

Estos grandes resultados en la determinación del pasado, de generaciones por miles y miles de años alejadas de nuestro tiempo; son más que recompensa por el hecho inevitable, que esta clase de historia, tiene un carácter más sumario, que la basada principalmente en documentos escritos: Sin los estudios arqueológicos no sabríamos nada sobre el origen de nuestro género y sobre el transcurso de infinitos períodos posteriores. En la posesión de estos conocimientos debemos sentirnos más ricos que con el de los detalles frecuentemente mucho menos significativos de la Historia Moderna.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL